

# La explotación de vacuno en la economía de montaña

ANTONIO PAZ SAEZ. DR. VETERINARIO.

Los ámbitos de montaña son siempre difíciles. La propia fisiografía determina un clima duro que con las dificultades topográficas han hecho históricamente de la montaña una zona de refugio. Pero en toda consideración de las áreas de montaña hay que tener presente una doble consideración que resulta capital:

El poblamiento de la montaña supone la existencia de medios de mantenimiento para los pobladores, pero las fuertes pendientes, el escaso espesor del suelo y la dureza climática, limitan fuertemente las posibilidades de cultivo, que queda reducido a pequeñas parcelas aluviales de los valles. De aquí que se haya dicho repetidamente que sin ganadería no hay pobladores en la montaña.

La montaña es un área de altísima importancia en la economía general por cuanto es el centro de obtención y distribución de aguas, a lo que hay que añadir la reserva forestal, lo que además agrega un valor ecológico.

Estos dos puntos justifican por sí mismos la atención a las zonas de montaña, y de los Poderes Públicos en primer lugar, tanto más cuanto que para el más correcto mantenimiento del ambiente de montaña es preciso mantener un mínimo de población humana.

Hasta casi nuestros días la montaña ha venido manteniendo su condición de refugio, pero, desde hace algún tiempo, tal condición, prácticamente se ha perdido, dándose zonas donde la población -en todas las cordilleras- ha desaparecido, o reducido a restos marginales imposibles de mantener por el mero movimiento vegetativo. Esto hace que haya que atender a las condiciones de vida de la población que ha de quedar en esas áreas: comunicaciones (las vías terrestres son siempre difíciles en la montaña), suministro eléctrico y existencia de servicios de calidad aceptables son ineludibles en el mantenimiento de un mínimo suficiente de población. Pero, como es lógico, se precisa un medio de sostenimiento de tal población, y aquí es donde entra el ganado como medio básico de fondo. Ciertamente se



Resultaría antieconómico despreciar los recursos renovables de nuestras zonas de montaña.

pueden procurar otros ingresos, como el turismo y actividades más o menos artesanales, pero lo cierto es que sin ganado no hay población en la montaña.

En el caso de España véase que el 18,4% de su territorio está por encima de los mil metros de altitud (el 57,7% supera los 600 metros, lo que sitúa a nuestro país entre los de mayor altitud media).

Los siguientes datos muestran las comunidades que superan la media nacional de altitud por encima de los mil metros.

**Comunidades cuya altitud supera la media nacional de superficie a más de 1000 metros (porcentaje sobre la superficie de la comunidad).**

La Rioja	32,1%
Castilla y León	31,6%
Aragón	31,2%
Asturias	23,4%
Madrid	21,8%
Castilla-La Mancha	20,6%
Cantabria	19,2%

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Instituto Geográfico.

Para comunidades uniprovinciales como La Rioja (5.034 km<sup>2</sup>), Asturias (10.565 km<sup>2</sup>), Madrid (7.995 km<sup>2</sup>) o Cantabria (5.289 km<sup>2</sup>), sus respectivos porcentajes de montaña pueden suponerles mucho en el orden espacial, lo que no puede pasar desapercibido en una política, no solamente territorial, si no sencillamente de equilibrio. Otro tanto se puede decir, en el orden provincial, para Huesca y Teruel en la Comunidad aragonesa, o Soria, Segovia y Ávila, para Castilla, ejemplos que podrían multiplicarse.

Nuestras zonas de montaña sostienen recursos renovables y despreciar su aprovechamiento resultaría antieconómico, ocasionando un coste social, lo que ventajosamente puede realizar el ganado, tanto más cuanto que, en términos generales, no suelen resultar de acceso muy difícil (Hernández Pacheco hace años que señaló que la auténtica cordillera española eran los Pirineos).

Los recursos viene dados por la cubierta herbácea natural, primordialmente de tanto interés cuanto que la gradación de altitud permite, con una mediana regulación, el pastoreo ascendente y descen-



dente, para lo que el vacuno se presta perfectamente.

Sin embargo lo dicho no supone una posición de optimismo a ultranza. Una parte sensible de nuestras cordilleras presentan un grado de erosión nada despreciable, de lo que hay que responsabilizar a una deforestación irracional, y a un pastoreo abusivo, como factores fundamentales. En este mismo orden de cosas hay que señalar que los pastos comunales, en una gran parte de su superficie total, presentan un alto grado de deterioro, no solo florísticamente, si no incluso desde el punto de vista edáfico; mientras que, por otro lado, los pastos privados, por lo común, tampoco reciben demasiadas atenciones.

En cuanto al ganado, la especie bovina es la elección, sin que ello quiera decir que es excluyente, puesto que équidos, ovinos y caprinos pueden tener -y en ciertos casos deben- un sitio en los pastizales de montaña.

En nuestro país se dispone de razas adaptadas desde hace muchos siglos al hábitat de montaña, pudiéndose citar entre las grandes agrupaciones raciales a la Pirinaica, Tudanca, Asturiana -en realidad en sus dos variedades- Negra Ibérica, e incluso la Rubia Gallega, a las que se pueden añadir grupos de efectivos reducidos, algunos francamente marginales, y, por supuesto, la Parda Alpina (Parda Schwitz), que aunque de origen suizo, a estas alturas, sin exageración, puede ser considerada como propia.

Los sistemas de producción intensificada han introducido desviaciones sensibles en el reparto censal, respecto a lo que hubiesen determinado los factores geográficos. El hecho viene dado por la aparición de los cebaderos para la producción de carne de añojo, que tienden a situarse en las zonas de consumo. Ahora bien, a la producción intensiva no le interesa el sostenimiento de las vacas madres, por lo que éstas quedan ligadas a la explotación del suelo, estableciéndose así una estructura dual, en la cual las áreas de montaña juegan el papel de suministrar terneros para el cebo intensivo.

Naturalmente que no son exclusivamente las zonas de montaña las suministradoras de terneros, ya que hay que contar con los pastizales y dehesas del Oeste, de Zamora a Huelva, de los que salen un volumen del orden del 50% de las crías con destino al cebo intensivo.

Pero es que, además, esta orientación productiva vino propiciando la introducción de razas especializadas entre las que han quedado la Charolesa y la Limusina. Pero el problema del mantenimiento de las madres sigue existiendo, complicado

por las mayores exigencias y menor rusticidad que el ganado autóctono, al que, desde luego, gana en precocidad, por lo que se vuelve a la consideración de las razas indígenas, el cruce industrial (F1) con las cuales permite aprovechar el vigor híbrido (heterosis). Aquí las razas de montaña, como es el caso de la Negra Ibérica, tienen un papel, aunque no lo sean en exclusividad.

## Imbricaciones sociales

Pero la explotación del vacuno en las zonas montañosas no es una mera cuestión zootécnica, si no que son fuertes las imbricaciones sociales.

En primer lugar las explotaciones son de dimensión reducida y carácter familiar, lo que determina escasez de recursos y pequeña posibilidad de endeudarse. De aquí que desde siempre se haya tendido a la explotación lechera, porque absorbe mayor mano de obra, y por que permite obtener ingresos periódicos a muy corto plazo, importante en la economía familiar (empresa y familia se identifican).

En la economía de montaña, abstracción hecha del problema de las cuotas (todavía se discute la asignación de las célebre 500.000 toneladas), y de la protección a las producciones de montaña, la producción lechera puede asentarse, con vacas frisonas, en los prados, normalmente privados, de las cercanías de los poblados y los pastizales de baja cota.

Esta producción, así concebida con mantenimiento básico sobre la cubierta herbácea, en gran parte -a veces en su totalidad- de forma natural, supone un elemento de equilibrio en la economía de la empresa familiar, pero su desarrollo y muchas veces la mera existencia en la actualidad viene limitada por varios factores:

- Se establece un círculo por el cual las

condiciones del mercado hace que se trate de intensificar la producción, lo cual lleva a mayor dependencia del mercado.

- La propia estructura de empresa de montaña determina la producción reducida, lo que acarrea una postergación (la leche se paga sensiblemente menos al pequeño productor).

- En este escenario, y lo venimos señalando desde 1983, al pequeño productor de montaña, en el corto plazo, sólo tiene la alternativa de desaparecer, sencillamente, lo que viene ocurriendo en un goteo continuo más o menos intenso, o bien forzar la producción.

Pero como la presencia humana en la montaña resulta de total necesidad, sería de primordial importancia el que se propiciara una acción favorecedora de la asociación de pequeños productores de montaña (algunos necesariamente desaparecerían) que permitiera trabajar con economías de escala, desde el momento que el forzamiento individual de la producción, aún con un grado sensible de incremento de productividad, no puede ir muy lejos para este tipo de empresas.

Sin embargo, el asociacionismo (sin considerar la naturaleza jurídica) no exime de la mejora de la productividad, y la explotación de montaña está en buenas condiciones para ello ya que puede minimizar la función de costes sobre la base del pastoreo, pero ello supone:

- Recuperación de áreas de pastizal, unas afectadas de fuerte erosión con cárcavas de importancia en las laderas, algunas irre recuperables por haber dejado al descubierto la roca madre; otras degradadas por el exceso de pastoreo.

De una y otra forma tenemos amplios casos en todas las montañas españolas.

- Una gran parte de los pastos no reciben ningún cuidado, o bien los cuidados son harto escasos, con lo que muchos de ellos muestran un estado cualitativo inferior al que podrían tener, resaltando dos aspectos: la invasión de flora de poco valor nutritivo y fuerte alteración de la relación gramíneas-leguminosas.

El primer caso no puede ser abordado más que por los Poderes Públicos, no sólo por la inversión que supone, si no porque en muy alta proporción afecta a terrenos de titularidad pública.

El segundo debe ser apoyado técnica y financieramente, dada la estructura, ya señalada, de la explotación de montaña.

El mantenimiento sobre el pasto resulta fundamental para el logro de una posición competitiva por lo que supone de bajo coste (en el pastoreo directo, según Davie, es posible obtener entre 300 y 400 kg de leche).

Por otro lado, el hábitat de montaña es

bastante semejante entre las distintas cordilleras, pero la latitud y el clima condiciona la explotación.

El ambiente de humedad relativamente continua y con temperatura nunca demasiada baja, por tanto con diferencias no muy acentuadas, como viene a suceder en la zona costera cantábrica, permite una permanencia en el pasto más prolongada que lo que se da en las montañas del interior, como en el caso de los sistemas Ibérico y Central.

Pero en uno y otro caso hay que salvar el invierno especialmente duro en lugares como las montañas de León, las sierras de Soria y Teruel o ambas vertientes de Somosierra, Guadarrama y Gredos, aunque tampoco es igual las pequeñas alturas de la costa astur-cántabro-vasca, que las co-

Pero en la economía de montaña resta la explotación de las cotas de mayor altitud y áreas más difíciles, con aprovechamiento de los pastizales naturales (la topografía llega a imposibilitar el establecimiento de praderas cultivadas) y que no debe deteriorarse, lo que supone ante todo evitar su ultranza el pastoreo abusivo; el introducir más cabezas de las que puede soportar el pastizal no lleva más que al agotamiento y a su consecuencia la erosión, que puede ser ya la ruina total si no se ataja a tiempo.

Por otro lado, siempre es conveniente que la atención se complete con resiembras cubriendo las posibles calvas y eliminando plantas inútiles o de poco valor. Todo lo cual se complica al ser la mayor parte de tales terrenos de titularidad

a un rendimiento a la canal que puede superar ligeramente el 50%, tardan en llegar al peso de matadero, por lo que no pueden entrar como añojos.

En estas condiciones las posibilidades estriban en:

1º) Mantenimiento de las hembras reproductoras y venta de las crías al sector de cebaderos.

2º) Producción de crías y cebamiento en las propias empresas productoras. Esto representa la mayor viabilidad, al igual que la producción de leche en la montaña, cuando se produce en grupo (la Acción Concertada puede tomarse como precedente).

3º) Venta de terneros para matadero como carne altamente cualificada (recordemos el nombre que tuvo en tiempos la ternera de Castilla).

En realidad, y según el lugar, y hasta la temporada, la combinación de estas posibilidades sería la estrategia a seguir en orden al logro de un mejor precio, lo que permite aumentar el beneficio bruto, lo que puede lograrse sobre una triple base:

- Aumento de la precocidad de nuestras razas autóctonas, a conseguir por el cruce con sementales de razas carniceras, lo que entraña el mantenimiento de hembras en pureza, con preferencia seleccionadas por su rusticidad.

- Disminución del coste de producción (los costes fijos se comportan como limitantes en las pequeñas explotaciones) para lo que se cuenta con el mantenimiento sobre el pasto como pieza fundamental, y experiencias en media montaña (Pirineos y Asturias) han mostrado ser más eficaz la intensificación del suelo que la estrictamente ganadera (no hay que perder de vista las posibilidades de diversificación de la empresa) para el aumento del beneficio.

- Máxima atención a la comercialización del producto, cuya mala realización compromete lo logrado por la racionalización del coste. Véase que al pequeño ganadero se le viene pagando la leche por debajo, a veces sensiblemente, del precio usual en la zona (entre éstas también se dan diferencias notorias). De aquí que vengamos insistiendo, una y otra vez, en el asociacionismo, sin prejuzgar su forma, como medio de equilibrio de la pequeña-media empresa ganadera (por supuesto que algunas son ya insalvables).

En resumen, la economía de montaña presenta puntos demasiado delicados como para dejarla al albur de un mercado con fuerzas cada vez más concentradas, pero ello no significa propugnar un intervencionismo, si no una política agraria propiciadora de la defensa frente a los gigantes mercantiles. ■



marcas de Reinosa o los Picos de Europa, y no digamos de los Pirineos en sus tres tramos, a poco que nos alejemos del mar.

Cubrir este periodo de invierno (no olvidemos que hay lugares de la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica, de las montañas leonesas o sierras de la Ibérica, que durante días quedan aislados por la nieve) resultando fundamental el ensilado de hierba, forma que según Rodríguez Castañón (1996) es la de menor coste.

De aquí que sea primordial el cuidado de prados y pastizales, a fin de lograr excedentes herbáceos, que si bien pueden lograrse de los pastos naturales -no siempre, ni en cantidad suficiente- hay que asegurarlo con el establecimiento de prados de siega que podrían suministrar forraje con una buena relación gramíneas-leguminosas. Se puede decir que, para el ambiente edáfico y climático de valles y laderas suaves, las praderas pueden establecerse a base de *lolium*, *dactilo*, *fleo* y *festuca* para las gramíneas y *trebol* (*pratense*, *repens*) y *alfalfa* para las leguminosas, en sus correspondientes variedades, y en las proporciones según lo que se pretenda.

pública.

La explotación de estos prados, propiamente de montaña por su altitud, requieren animales adaptados en lo que nos podemos remitir a las razas ya citadas y su orientación productivas la carne, sin pasar por alto la existencia de tipos de doble aptitud como la citada Parda Alpina y la Mantenera Leonesa (prácticamente residual).

Sin embargo la explotación de vacuno de carne presenta unos puntos de interés.

En primer lugar la base de la explotación tiene que ser el aprovechamiento de los recursos, pero la estacionalidad de éstos, su limitación y la gran adaptación de los animales hace:

1º) Que el ganadero pase, en mayor o menor grado, a depender del mercado para la adquisición de factores.

2º) La gran adaptación al ambiente se suele acompañar de una falta de precocidad por parte del ganado que se explota.

Estos hechos determinan una posición no competitiva en el mercado de la carne ya que si bien nuestras razas más típicas -Tudanca, Asturiana, Negra Ibérica- llegan